

LA VIDA ES PARECIDA A ANDAR EN BICICLETA

CARLOS RIVERO

Daniel Erosa



Cuando el barón alemán Karl Drais, padre de la bicicleta, presentó su “máquina andante” en 1817, nadie podía imaginar que aquel rudimentario artefacto de dos ruedas, podría llegar a ser tan importante, dos siglos después, para unos cuantos adolescentes de Canelones. Jóvenes que no inventaron la bicicleta, pero que gracias a ella viajaron y disfrutaron de lugares que no conocían, aprendieron a pensar y a trabajar en equipo, incorporaron conocimientos mecánicos y normas de seguridad. Chiquilines que pedaleando adquirieron nociones sobre alimentación, hidratación, cuidado personal y disciplina deportiva, que trepando repechos supieron del esfuerzo personal y de la solidaridad, de plantearse metas y de no abandonar hasta alcanzarlas.

Para ser justos, no lo podían imaginar en los tiempos del barón porque ni siquiera lo pudieron sospechar en 2013 los propios inventores del Taller de bicicleta. No sabían entonces el potencial educativo que tenía la innovadora propuesta que estaban echando a rodar.

Fernando Ferreira, ideólogo y coordinador de este taller que funciona hace casi cuatro años en el Centro Juvenil Mandalavos de Las Piedras, gestionado por El Abrojo en convenio con INAU y la Comuna Canaria, confiesa que sus expectativas eran mucho más reducidas que lo que luego se vio en la ruta. Aquel primer envión, que consistía en armar con los chiquilines un taller para arreglar bicicletas y prestárselas, terminó siendo una potente herramienta educativa basada en el trabajo en equipo, la práctica deportiva y la educación vial.

Fernando recuerda cuando el proyecto todavía andaba con rueditas: “Desde que se nos ocurrió la idea, en diciembre

de 2013, hasta que se concretó, pasó casi un año. Había que conseguir la persona adecuada y los materiales. Daniel Moreira, un amigo, me contactó con Carlos Rivero, que había sido ciclista profesional y que tenía un taller mecánico de bicicletas. Empezamos las conversaciones, a él le gustó y largamos. En diciembre de 2014, cuando llegamos al Centro Juvenil con un camión lleno de fierros viejos, los gurises nos miraban sin entender qué era aquella montaña de chatarra. Recién en enero de 2015 empezamos a armar bicis”.

El primer aprendizaje sucedió cuando todos pusieron manos a la obra y se abocaron a la tarea de resucitar aquel montón de esqueletos ferrugientos. Porque a medida que lo iban logrando, se sintieron parte de una alquimia que transformó aquella carga de basura en máquinas útiles y disfrutables. Ese verano armaron 20 “chivas” e inauguraron la temporada de bicicleteadas.

Al principio la idea era arreglar las bicis para prestárselas a los gurises; que se las llevaran a la casa tenía el doble objetivo de establecer un vínculo con la familia y trabajar la responsabilidad. Pero empezaron a no devolver las bicicletas y cambiaron el rumbo. “Dejamos de prestar y empezamos a favorecer otras cosas. Pasamos del bien individual, al bien común. Ahora las 20 bicis están siempre a disposición, son de todos”, explica Fernando.

Cuenta también que en la primera salida a la calle fueron todos disfrazados, así nomás, sin mucha preparación previa. Dieron una vuelta por Las Piedras y “fue sensacional lo que se generó en el grupo. Esas salidas te dan una energía, una vivencia muy fuerte. Vimos eso y empezamos a profundizar en lo que era necesario para poder andar en las calles. Ver cuáles eran las más aptas o seguras. Fue impresionante el crecimiento del grupo, en organización, en planificación. Nos asesorarnos con Unasev para conocer y aprender las reglamentaciones de

tránsito y las normas de seguridad”.

Con el tema de la seguridad, recuerda, tuvieron que ponerse firmes porque “a la mayoría de los adolescentes que van al taller les cuesta mucho aceptar las reglamentaciones”. Lo que más les gusta es no usar casco, andar en una rueda, subir y bajar veredas. Hubo que enseñar normas pero también explicar “que las normas no son sólo límites, sino plataformas que te permiten vivir otras cosas. Hoy nadie se cuestiona ponerse casco y chaleco para salir a andar. Pero llevó mucho tiempo de machaque. Había gurises que cuando pasaban por el centro de Las piedras se sacaban el casco porque les daba vergüenza cumplir la ley. Para evitar ser el gil. Pero al poco tiempo vieron que siendo ‘giles’ salieron de recorrida por el país, hicieron deporte, conocieron lugares, mejoraron hábitos. Se genera un choque cultural interesante”, analiza Fernando.

Y otro tema fue el baño. Ahora, una de las coordinaciones que hay que hacer antes de cada salida es conseguir un vestuario donde ir a bañarse. Y es parte obligatoria de la recorrida. Esa integración de vestuario, aunque fue trabajosa, venció miedos y vergüenzas, y además creó hábitos de higiene luego de practicar el deporte. Sobre todo al principio había gurises reacios, otros que nunca habían estado en un vestuario o que no sabían regular el agua caliente y la fría. Muchos no tenían calefón en la casa.

Durante 2015 participaron del taller más de 30 adolescentes y realizaron una decena de salidas recorriendo más de 200 kilómetros por carreteras y caminos de Las Piedras, Parque Lecoq, Progreso, Sauce, Piriápolis, Maldonado y Punta del Este. En octubre de 2016 salieron en una travesía por el litoral hasta Paysandú. Partieron desde la ciudad de Las Piedras y recorrieron las localidades de Canelones, San José de Mayo, Mercedes y Las Cañas. Llegaron a Guichón en Paysandú donde los recibió una delegación de una veintena de ci-

clistas. Culminaron el viaje en las piscinas al aire libre de las termas de Almirón.

En las recorridas largas se hacen tramos de 30 o 35 kilómetros diarios a pedal y el resto en ómnibus. Se han quedado en campamentos, batallones o en clubes privados que les prestan las instalaciones. También algunas intendencias departamentales los han apoyado. Es un proyecto que abre puertas porque la gente lo valora y lo ve con buenos ojos. Y para los chiquilines, según dice Fernando, “ver lugares hermosos gracias a tu esfuerzo y al del colectivo, te presenta otra dimensión de las cosas. Es muy motivador y emocionante. En el repecho somos todos iguales y hay que pedalear. Nadie te lleva, tenés que pedalear vos. Y cuando llegás, es mucho más gratificante”.

Pero antes de viajar hay mucho por hacer. Todos saben que el taller no empieza o termina cuando se suben o se bajan de la bici. Hay que pensar en varias dimensiones, planificar y separar tareas. Con el asesoramiento constante de Carlos, los propios chiquilines se transforman en mecánicos y ensambladores de las bicicletas que van a utilizar. Mientras, aprenden a usar herramientas, armar un freno, centrar una llanta, reparar una pinchadura, lubricar una transmisión, cambiar pedales. “Vos ves las bicis y son cero pinta, porque nunca nos da tiempo para la decoración o la pintura. Hacemos una bici casera, sin cosmética, pero tienen un gustito especial: fueron hechas por ellos mismos. Y gracias a ellas el proyecto y todos hemos crecido muchísimo”, remarca Fernando.

Hoy en día el Taller de bicicletas tiene varios objetivos claros: fomentar el trabajo grupal, impartir conocimientos de mecánica y educación vial, hacer deporte, trabajar en nociones de higiene, cuidado personal y alimentación. “Llevamos dietistas a hablar con los gurises, van profesores de deporte a explicar cuestiones referidas a los músculos y al estiramiento.

Todo eso se fue acoplando a la idea, porque no lo habíamos pensado así. Por eso nos parece que es una idea que tiene mucha riqueza y potencial. Es una fuente, un manantial que está alimentando la vida del centro juvenil”, explica este coordinador.

Y aunque no es el objetivo del proyecto formar ciclistas para competir, a través del taller se ponen en juego algunos elementos tangentes con la disciplina deportiva. Los participantes se trazan metas que implican entrenamiento y superación constante, respeto por las reglas y responsabilidad.

Carlos Rivero sí supo competir: en ciclismo, en básquetbol, en fútbol. De hecho llegó a Montevideo desde Paysandú a probarse en Rampla Juniors y se quedó. Pero también sabe de mecánica ya que desde hace años trabaja en su propio taller. Por eso y porque demuestra un gran amor a la bicicleta y se lo transmite a los gurises, es la pieza clave del proyecto junto a Fernando, Laura Aguiar y Pablo Flores. “Es como un ejemplo que los gurises tienen ahí a mano: vino de Guichón proveniente de una familia súper humilde y salió adelante gracias a la bici. Es una demostración de que es posible”, dice Fernando.

A este ciclista sanducero le gustó la idea del taller porque puede infundir en los chiquilines las ganas de andar en bicicleta y de hacer deporte. Cuando llega, un rato antes de comenzar la bicicleteada de julio de 2018, un día soleado pero muy ventoso, todos lo saludan y se transforma de inmediato en el más solicitado. Comienzan a preparar las bicicletas. Carlos repasa con preguntas ayudamemoria temas clave de seguridad y señalización. Remarca la importancia de usar el casco. Se habla de alimentación, de descanso, de la energía necesaria para el esfuerzo físico que van a hacer. Se repasa la lista de repuestos y herramientas necesarios para salir a la ruta. Recuerdan entre todos que no se puede llevar el celular o los audífonos puestos. Los chiquilines repiten lecciones aprendidas.

Dice Carlos: “A mí siempre me inculcaron la actividad deportiva. Soy la tercera generación sobre la bicicleta. Mi viejo siempre tuvo taller de bici en Paysandú. Después nos vinimos a Montevideo y seguimos con el taller. Pero este proyecto me está dejando unas enseñanzas para la vida que nunca me imaginé. Tengo 45 y desde que empecé en Mandala hace cuatro, estoy aprendiendo todos los días. He aprendido mucho sobre organización, sobre andar en grupo, cómo planificar las salidas, del compañerismo que se respira. Y sobre todo por la apuesta a los chiquilines, y por poder enseñarles que por más dificultades que se tengan siempre se puede. El deporte y sobre todo la bicicleta te enseña a superarte. La vida es parecida a andar en bicicleta, dependemos de nuestro esfuerzo, siempre tenemos repechos, vientos de frente, de costado, se te cae la moral. Lo bueno de esta experiencia es que entre todos nos damos aliento”.

Si bien sabe el rol central que desempeña, Carlos se considera “uno más” y tiene según dicen en el equipo, mucha empatía y una paciencia infinita con los adolescentes. No le gusta ir al choque, pero es claro y preciso. Está en todos los detalles, es el que le da seguridad al grupo cuando salen y su palabra es muy respetada. “Cuando los gurises ven que vos hacés las cosas con esa entrega que muestra Carlos, te dan naturalmente la autoridad”, explica Fernando. Y es desde ese lugar que a este deportista devenido en “profe” le gusta trabajar “sobre el relacionamiento. Se ha ido perdiendo el saludo, el abrazo, el buen día, el gracias. Yo lo propongo. Empezamos con la mecánica, pero después vimos que a través de la bicicleta había chances de llegar a muchas enseñanzas: con los preparativos, el conocer lugares nuevos, la charla, los vínculos internos del grupo y con el resto de la ciudad. La actividad no se reduce a salir a andar. Lo más importante es trabajar la responsabilidad desde el armado de la mochila, lo que hacemos en la calle

y cómo nos cuidamos, hasta cómo dejamos la bicicletas para la próxima salida. Tratamos de no motivar la competencia, sabiendo que lo importante, lo más rico es esta forma recreativa y solidaria que nos permite plantearnos desafíos. Acá no hay contrarios”.

Ahora que ya hay cierta experiencia acumulada, y en concordancia con lo que dice Carlos, Fernando se permite asegurar que el taller es un multiplicador de aprendizajes. “La bici plantea una forma particular de conocer la ciudad, de pensar, de mirar. Es un ejercicio de atención permanente. Trabajamos con gurises con problemas de atención, de concentración, inquietos. Y en la calle estás trabajando todo el tiempo la atención: a la señalización, a mi compañero que va adelante, al peatón, al ómnibus, al camión que se larga sin mirar, a mi bicicleta, a mi cuerpo. Cada bicicleteada es rica en todo eso, en lo grupal, en el cuidado, en la atención, en pensar en grupo. No estamos muy acostumbrados a pensar en grupo. No es fácil. Pero trabajar el pensamiento y el cuidado grupal es un beneficio que les va servir toda la vida para cualquier cosa que hagan. Andar en bici así no sólo trabaja los músculos y le hace bien a los pulmones”.

Planificar, ejecutar y evaluar. Esa es la metodología. Se reúnen lunes y viernes. Trabajan en las bicicletas o en la confección de un manual para el ciclista que están desarrollando, se imparten charlas, se hacen juegos que involucran las reglas de tránsito o ven películas referidas a la bicicleta. En el taller previo a salir a la calle, se habla de lo que pasó la salida anterior, se evalúan las cosas que estuvieron bien y las que no, se discute cómo mejorar, se intercambian pareceres.

Todos saben que el Taller de bicicleta es muy grupal, que no pueden hacer lo que quieren en cualquier momento. Que hay una forma de andar y de comunicarse y que siempre hay importantes riesgos implícitos. “Ahí hay otro nivel de apren-

dizaje —dice Fernando— El riesgo y el disfrute van juntos, lo que hace necesario incorporar el concepto de responsabilidad. Los gurises asumen que la diversión es descontrol o falta de límites, y estas salidas permiten experimentar el disfrute de la mano de la responsabilidad y el cuidado. Se puede disfrutar siendo cuidadoso, responsable, teniendo en cuenta al otro.”

El Taller de bicicletas mueve la mitad del proyecto del Centro Juvenil y le aporta mucha energía. Cada salida genera una movida de preparación: planificación, puesta a punto de las bicicletas, elaboración de la comida y coordinación de los apoyos. Se siente una efervescencia especial. Y cada vez que salen a la calle, sea para un viaje corto o largo, se pone en juego un sentido de pertenencia muy fuerte en el grupo. “Es muy vivencial, muy integrador. Conviven gurises que casi no saben leer o que están terminando una escuela especial, con gurises que están al final del bachillerato. Los une un vehículo, una herramienta, el vínculo no depende tanto del desarrollo cognitivo ni de la carga cultural que traigan. El deporte es muy integrador. Confluyen y pueden convivir gurises de realidades muy distintas. Algunos tienen problemas de aprendizaje, pero para poner un parche, regular un freno, cambiar una rueda, no tienen drama, incluso son muy buenos. Se nivelan mucho todos”, asegura el coordinador.

\*\*\*

Es sábado 21 de julio. Dos de la tarde. Ayer hubo taller y hoy bicicleteada. Laura, educadora del proyecto, es la primera en llegar... en bicicleta. Algunos gurises esperan en la puerta, otros todavía están almorzando en el comedor. Vienen de Las Piedras, barrio Obelisco, La Paz, Campistegui, Villa Juanita, Cofrisa, El Dorado, 18 de mayo, Villa Foresti... “Hay gurises que vienen de Inau —de hogares de amparo, de familia ami-

ga—, de Aldeas Infantiles y hay gurises que vienen de hogares con familias muy presentes y motivadoras. Hay de todo. Pero hay pila que vienen de barrios muy vulnerados”, cuenta Laura mientras consigue una bufanda para un ciclista que no trajo, ayuda a otra participante a sujetarse el pelo, coordina con dos gurises para que vayan a buscar a otro más chico a la parada y atiende a una madre por teléfono. Dice que hace tiempo que no es necesario salir a buscar gurises para el taller, porque “se promociona solo por el boca a boca de los propios chiquilines. El comedor municipal que funciona en el centro juvenil es un punto clave también porque vienen gurises de todos lados. Pero los que más vienen son hermanos, primos, sobrinos de los que ya están participando”.

Al poco rato llega Fernando y Carlos, también en bicicleta y enseguida el auto con el cual Pablo, otro educador, y Yenifer, una ex tallerista que ahora viene a ayudar, le darán apoyo logístico a la caravana. Unos revisan las bicicletas, les ponen luces de señalización, otros llenan caramañolas y algunos se encargan de la fruta. Se explica bien cuál va a ser el recorrido, indicando en qué momento habrá viento a favor y cuándo en contra y se hace un chequeo general. Todos juntos, ya con casco y chalecos puestos, sentados bajo una pérgola de madera que hay en el fondo del local, cumplen con el rito final. Uno lee el manual del ciclista que están armando y los demás responden a coro:

—¿Bicicletas en buen estado?

—Ya está —responden todos.

—¿Todos tienen casco?

—Síííí.

Y así con los chalecos, el agua, la ropa cómoda, los repuestos, las herramientas, el botiquín, la comida, la toalla y los elementos para bañarse.

—¿Alguno no almorzó?

Dos levantan la mano y se les proporcionan galletas de avena y bananas. Luego tendrán fruta y ticholos en el viaje y al regreso quienes quieran podrán merendar.

Antes del salir todos hacen estiramiento. Se nota el entusiasmo y un clima muy distendido. “Acá a veces estamos a las risas, pero en la calle exigimos mucha concentración. No podemos ir cantando, tenemos que estar atentos. Siempre hay riesgo, no es un juego. Eso es lo que les transmitimos”, dice Laura confesando que le provoca mucho disfrute pero también mucho estrés salir a la calle.

¿Y qué dicen los chiquilines que participan? Nahuel, antes de poner el pie en el pedal, explica entusiasmado que están preparando el viaje de fin de año: “Nos vamos varios días y hacemos un campamento. El año pasado fuimos hasta Punta del Este. Creo que ninguno habíamos ido nunca. Fue hermoso llegar con la bici”. Carlos dice que en el taller les enseñaron muchas cosas que no sabían: “Ahora usamos casco y chalecos flúo y sabemos que tenemos que ir en fila y con mucho cuidado. Hay que tener a mano el agua, alguna fruta o un caramelo”. Cuenta que cuando salen, los más experimentados y entrenados ayudan a algún compañero que se esté cansando. “Les dan un empujoncito y llegamos todos.” Catalina recuerda que empezó a venir a las bicicleteadas hace dos años y que le pareció interesante. “Después dejé de venir porque iba al liceo de tiempo completo. Soy de Las Piedras y me interesa mucho la mecánica. Me encanta esa parte. Traje mi bici para arreglar.” Pero también está pensando en ir más allá: “Quiero hablar con Carlos para que me ayude a entrenar. Yo soy competitiva y quiero competir aunque no gane. Estar en una carrera ya será un logro para mí”.

Lejos de los tiempos de su inventor, hoy se calcula que hay más de mil millones de bicicletas andando por todo el mundo. Fueron muy populares en la década de 1890 y, luego

en los años 50 y 70. Actualmente su uso crece considerablemente porque es un medio de transporte sano, ecológico y económico, útil para trasladarse tanto en la ciudad como en zonas rurales. Pero sirve además —y los integrantes o ex integrantes del taller de Mandalavos lo saben bien— para aprender algunas de las cosas más importantes de la vida: a valernos de nuestro propio esfuerzo, a ser responsables y solidarios, a pensar en grupo, a estar siempre alerta y a disfrutar de las metas alcanzadas.

